

## Una refutación de Azaña

PATRICIO PEÑALVER GÓMEZ

Con alguna dosis suplementaria de exageración cabría quizá decir que la voluminosa y desde luego utilísima obra de Pedro Cerezo, que queremos saludar aquí —y que sin duda será pronto referencia ineludible para todo estudioso de las raíces históricas y las estructuras problemáticas del pensamiento español del pasado siglo— puede entenderse como una réplica sistemática, metódica y apabullantemente erudita, al influyentísimo ensayo de Manuel Azaña —«¡Todavía el 98!», publicado inicialmente en 1923. Cerezo propone —queremos sugerir— una revisión, y de profundo alcance, de los esquemas hermenéuticos que Azaña, por cierto que sin ningún ánimo de parecer neutral, dispuso entonces para interpretar el sentido existencial, literario, civil, y sobre todo político de la generación finisecular: para interpretar el sentido de ese fenómeno complejo y decisivo de la cultura española, y para invitar a despedirse de él, en términos casi liquidacionistas. Se recordará la contundencia valorativa del balance del egregio republicano a este respecto. Y su puntería: en reticente polémica con Ramiro de Maeztu («Opina algún escritor...», así empieza el ensayo), Azaña desmonta de entrada la autorrepresentación de los hombres de la generación del 98 como gente eminentemente crítica, como tipos que «intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España». Resulta que ese espíritu hipercrítico habría quedado después de todo en nada. De hecho en 1923, justo en el comienzo de la dictadura de Primo de Rivera, seguiríamos en la misma situación de marasmo civil que en el año de la presunta catástrofe de la pérdida de las colonias. Continúa el brillante jacobino: «En el fondo no demolieron nada, porque dejaron de pensar en la mitad de las cosas necesarias»<sup>1</sup>.

El terreno en el que Azaña se sitúa para marcar tan beligerantemente distancias con «la generación anterior a la mía» es sin duda el de lo político: «La novedad de los regeneradores de 1898 consiste en haber desnudado de ideas políticas a su política y en haber trazado un plan de aprovechamiento de materiales para una reconstrucción sin base (sin fines) y sin un fondo previo sobre que proyectarla»<sup>2</sup>. Pero se advertirá que lo malo de la política de los aquí denostados noventayochistas es su carencia de ideas, o lo menguado de sus «ideas generales», o más técnicamente dicho, «su desprecio de las abstracciones». En esa línea, y a propósito más en concreto de la figura del «cirujano de hierro», a propósito del generacionismo costista que seguiría estando en la base del voluntarismo impotente de los del 98, de aquella figura llega a decir Azaña que «arrancó a su sistema de la atmósfera respirable, blanda y comunicante de las abstracciones»<sup>3</sup>.

1 Cf. M. Azaña, *¡Todavía el 98!*, Introducción de Santos Juliá, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 41. Se leerá, con cautelas, el ensayo introductorio de Juliá, y su indisimulada unilateralidad en la reconstrucción del contexto en el que nace aquel ensayo, hasta llegar al regocijante oxímoron creo que involuntario —«monstruosa digresión»— en relación con la vía de la Monarquía Hispánica y los campos de Villalar (p. 37).

2 Ibid., p. 45.

3 Ibid., p. 47.

Algún pie da a la sugerida hipérbole que sería ver o buscar en este libro una especie de «refutación de Azaña», o de la interpretación que hace Azaña de la generación «anterior a la suya» —pero precisemos que sería hipótesis para una posible lectura, no tanto hipótesis sobre la génesis y construcción de la obra de Cerezo—, el que el arranque muy seguro de este libro se confronta muy directamente con la línea azañista de interpretación de la crisis finisecular. Y hace entrar en juego, claro, al aliado podríamos decir que «objetivo» del político republicano, a Ortega: también éste estaba ansioso de dejar claro lo más pronto posible que la generación europeísta del 14, él mismo más que nada, era otra cosa. Cerezo resume con mucha eficacia de concepto las razones de esta distancia intergeneracional, interesadamente agrandada por los jóvenes a abismo: «Al fin, tanto Azaña como Ortega, después de sus fervores de primera hora, ponían a los del 98 en su sitio histórico, no de fundadores sino de beladores críticos, hipercríticos, que acabaron extraviándose en la política concreta. El empeño por comprender a los noventayochistas a la luz exclusiva del problema de España lleva a verlos o bien como regeneracionistas de primera hora, que más tarde abandonaron su programa, o como crítico-detractores del régimen liberal de la Restauración y de sus posibilidades de desarrollo, o bien como fundadores de un nuevo nacionalismo, de raíz lírica y cordial, tal como lo entendió en este caso la generación del 36 tras el Desastre, ahora en verdad con mayúscula, de la Guerra Civil» (*El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración...*, p. 17).

Lo que queremos subrayar por nuestra parte en la enérgica apertura del en muchos sentidos *nuevo* planteamiento de Cerezo es la nítida expresión de la exigencia de una interpretación alternativa del modernismo finisecular, una interpretación alternativa y en muchos aspectos polémica frente a la de los hombres del 14. La propuesta tiene tanto mayor alcance cuanto que la mediación distorsionadora de Azaña y de Ortega ha condicionado, ha simplificado la recepción de los trabajos de los hombres del 98 en la cultura española dominante. De la de antes y de la de después del 36, de la de antes y de la de después del 78. Se entenderá la ambición de esta obra, y su contribución a ese problema esencial de la filosofía española del presente que es el de cómo debe articular ésta su relación con sus propias raíces.

La apertura del libro da por otra parte una indicación precisa de las nuevas claves que requiere la explicación de un fenómeno intelectual que es mejor designar como Modernismo, para evitar el subrayado interesadamente excesivo de su conexión con el hecho finalmente local del pseudo-desastre del final del imperio colonial. Nuevas claves y ciertamente más amplias que las hispanocentristas y politicistas que las que alimentaban la distorsión azañista. Se impone así el recurso a un motivo más amplio digamos geointelectualmente hablando: puesto que el problema de los modernistas españoles no era el «problema de España», ya para los de «la generación anterior a la suya» (a la de Azaña) el problema o más bien el horizonte efectivo era Europa. Pero se impone también la puesta a punto y la aplicación de claves conceptuales más amplias, que vayan más allá del politicismo unilateral con que ven los dos prohombres de la generación del 14 a los de la generación anterior. El modernismo español había que conectarlo, y estructuralmente, no en términos de «influencias» acotables, con el problema de una «crisis radical de la conciencia europea», con la gran cuestión del Nihilismo, y con la memoria crítica del conflicto de la Ilustración y el Romanticismo. El paso arriba citado que resumía la distorsión azañista y orteguiana continúa: «Creo que se trata de imágenes deficientes y distorsionadas por el prejuicio de lo autóctono o nacional, que unido al espejismo de lo político como factor determinante, no supieron ver lo fundamental, lo que realmente estaba en cuestión en aquella coyuntura histórica, nada menos que una crisis radical de la conciencia europea».

Tal pues es el hilo conductor del vasto y hasta «piadoso» recorrido que dibujan estas lecturas y estos escritos. Piadoso, digo, este recorrido, porque en efecto hay mucha «cura» y no sólo filológica e histórico-filosófica en la restauración de motivos y argumentos de páginas escritas por estos hombres del noventa y ocho malamente condenadas a un semiolvido en buena parte por los malos hábitos de la cultura española en sus relaciones con ella misma. Esta recuperación —no ajena quizá a alguna voluntad restauracionista, en la busca activa de nuevas vigencias para viejos textos— se perfila en el libro de ahora de Cerezo. Que viene a culminar al menos provisionalmente una ya larga y fecunda trayectoria de grandes ensayos monográficos sobre las figuras de Antonio Machado (1975), Ortega (1982), y más recientemente, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno* (Madrid, Trotta, 1996). Ello es que disponemos desde este momento, los estudiosos y en general los interesados en la filosofía española contemporánea, de un potente marco de referencia para el conocimiento de las obras sin duda desiguales, pero todas ellas en algún buen sentido «necesarias», de los Ganivet, Azorín, Baroja, Maeztu, Valle Inclán y claro está, de nuevo, Unamuno y Antonio Machado.

Ya va dicho. Los dos resortes metodológicos y sistemáticos que orientan esta nueva «relectura» del 98 son, por un lado, el subrayado del tema europeo, el énfasis en un vínculo esencial de la inteligencia española más despierta con el estado crítico del «espíritu» en la cultura europea, y por otro lado la denuncia de un politicismo que no haría justicia al *novum* que reperesentan estos autores inmersos en la crisis de fin de siglo, en el «mal del siglo» agravado en el cambio de siglo en toda Europa.

El pensamiento de estos autores, al margen de su diversidad formal e incluso de sus niveles jerárquicos indudables, cobra así en conjunto un peso, una relevancia teórica, que una cierta filosofía española académica tiene tendencia a negar, si se me permite el tropo retórico de la insistencia. En esa curiosa negativa de buena parte de la filosofía española a explicarse con lo que no pueden haber dejado de ser al menos en parte sus raíces históricas, aquella es probablemente deudora inconsciente de la interpretación de «aquellos hombres» del 98 que codificó primero Azaña, y luego trasmitió Ortega (Pero es el caso de anotarlo: el primero tuvo, y ya en el ensayo del 23 lo dice abiertamente, la clarividencia de reconocer la excepción de Unamuno, frente al fanatismo sectario del segundo contra el presunto «irracionalismo» de ese kantiano un poco especial que había sido el autor de *Niebla*<sup>4</sup>). Aquella interpretación habría estado en suma dominada por el prejuicio de un hispanocentrismo problemático, y por la ceguera de una politización unilateral.

La superación crítica de esos dos prejuicios libera un espacio de interpretación en los que los autores estudiados dejan ver no sólo la relevancia filosófica de sus problemas y sus propuestas, sino también, aquí y allá, su parte de *novum*, su situación objetiva a veces en la vanguardia de la conciencia crítica europea, y acaso sobre todo en el ámbito de las categorías estéticas (Valle Inclán), de las teológico-políticas (Unamuno), o de las éticas y civiles (Antonio Machado). Para la liberación de ese espacio crítico de interpretación no opresora de un movimiento tan complejo como el Modernismo español, el libro de Cerezo hace preceder el análisis de los temas y autores con dos piezas de notable alcance teórico: una amplia «Introducción» que legitima la demanda de una verdaderamente nueva relectura de dicho movimiento, y una «Obertura» que expone los momentos esenciales

4 «El único de aquel grupo que, saliéndose de las letras puras, se ha planteado un problema radical (no el de ser español o no serlo, ni el cómo se ha de ser español, sino el de ser o no ser HOMBRE, es Unamuno», *ibid.*, p. 42. En el otro extremo de la valoración, el trato de Azaña del *Idearium español* de Ganivet roza la crueldad para con el melancólico granadino.

del conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la fase en que la cultura europea se ve a sí misma indisociable del «malestar de la cultura», de lo que podríamos llamar, a partir de una cierta lectura del último Husserl, la cultura de la «Crisis como estructura».

El espacio crítico de interpretación así liberado permite una diversificación, una especificación de las diferentes raíces de la crisis (o quizá mejor de la Crisis: para recordar la necesidad a que muy sensible nos hace el análisis de Cerezo, la necesidad de una nueva conceptualización del significado de «crisis»).

Se nos propone justo en la primera parte del libro la exploración de la crisis política, la crisis social la crisis intelectual, la crisis religiosa, la crisis existencial, la crisis de la palabra. Y también el despliegue del «horizonte cultural» es fiel a la diversidad, a lo que se querrá llamar con otro léxico, la pluralidad de esferas: la nueva subjetividad, las ideas metafísicas, las nuevas actitudes políticas, las nuevas formas expresivas.

La estructura de la presentación de estas amplias investigaciones y búsquedas deja poco lugar a una perspectiva que podría uno sin embargo querer echar en falta. Falta en este concierto hermenéutico, creemos, oído para el pólomos, atención metódica a los conflictos profundísimos que tenían lugar entre unos y otros de la serie de los autores estudiados, el pólomos incluso en el interior de cada uno consigo mismo. De lo que acaso sería síntoma un silencio llamativo sobre la gran cuestión que fue la Gran Guerra para todos los intelectuales europeos de la época, incluidos claro está los españoles.